

La presencia de Dios en la existencia humana, según san Agustín

RESUMEN

Resultan ciertamente de especial interés los testimonios y reflexiones de san Agustín acerca de la propagación del cristianismo presentándola como una recepción serena y bien fundada de la divina revelación que lograba penetrar progresivamente en diversas culturas y en medio de variadas modalidades sicológicas, de modo que muchas personas se iban incorporando a la renovadora y universal historia de Salvación. En el presente trabajo nos referiremos primero al ferviente proceso de la conversión de Agustín, y después presentaremos sus luminosas enseñanzas sobre la constante acción de Dios en el afianzamiento de la fe recibida y fielmente transmitida para la salvación del mundo, de manera que aparezca claramente perceptible la eficacia de la divina Providencia en cuanto a la difusión de la fe cristiana.

PALABRAS CLAVE: salvación, conversión fe, esperanza, amor, bondad, providencia.

ABSTRACT

Certainly, of special interest are the testimonies and reflections of Saint Augustine on the spread of Christianity presenting it as a serene and well-founded reception of divine revelation that managed to progressively spread across various cultures and psychological modalities, so that many people were incorporated into the renewing and universal history of Salvation. In the present work we will refer first to the fervent process of Augustine's conversion, and then we will present his luminous teachings on the constant action of God in the consolidation of the faith received and faithfully transmitted for the salvation of the world so that the effectiveness of divine Providence appears clearly perceptible in terms of spreading the Christian faith.

KEY WORDS: salvation, conversion, faith, hope, charity, love, goodness, providence

Resulta una tarea apasionante y cautivadora el ir descubriendo, a través de los propios testimonios y confidencias de san Agustín, el prolongado itinerario de búsqueda y de iluminación que se desarrolló en su alma en cuanto al conocimiento y la fe sobre la divinidad. Hemos de reconocer que él nunca dudó de la existencia del único Dios, a pesar del entorno cultural que le envolvía y era variadísimo y fluctuante en medio del politeísmo tradicional del imperio romano y del pensamiento oscilante tanto, en los ambientes de personan más o menos ilustradas como en los desprovistos de un pensamiento reflexivo, si bien hemos de ser conscientes de que la ya notable difusión del cristianismo iba suscitando una nueva y esperanzadora visión de las ideas y sentimientos religiosos. Los testimonios sobre el itinerario personal de Agustín en su camino de la fe nos iluminarán también para discernir, a través del conocimiento y la experiencia del santo, cómo se ha ido poniendo de relieve la acción de la presencia de Dios en toda la humanidad.

Hemos de reconocer, en efecto, que Agustín nunca se sintió privado de las semillas de fe cristiana que sembró en su alma su madre Mónica, fiel seguidora de la fe de Cristo en la Iglesia católica de África, fecundada por muchos mártires y buenos pastores de almas. No dejaría de recordar Agustín ese benéfico influjo de su madre en la pervivencia de sus recuerdos de infancia, como lo pone de manifiesto en las *Confesiones*, afirmando que no le satisfacían plenamente las provechosas razones de Cicerón en el libro *Hortensio* respecto de la verdadera sabiduría puesto que no hallaba en ellas la suavidad del nombre de Jesús, que había sonado en él desde su más tierna infancia:

Mas entonces –tú lo sabes bien, luz de mi corazón–, como aún no conocía yo el consejo de tu Apóstol, sólo me deleitaba en aquella exhortación el que me excitaba, encendía e inflamaba con su palabra a amar, buscar, lograr, retener y abrazar fuertemente no esta o aquella secta, sino la Sabiduría misma, estuviese dondequiera. Sólo una cosa me resfriaba tan gran incendio, y era el no ver allí escrito el nombre de Cristo. Porque este nombre, Señor, este nombre de mi Salvador, tu Hijo, lo había yo por tu misericordia bebido piadosamente con la leche de mi madre y lo conservaba en lo más profundo del corazón; y así, cuanto estaba escrito sin este nombre, por muy verídico, elegante y erudito que fuese, no me arrebataba del todo. (*in ipso adhuc lacte matris*

*tenerum cor meum pie biberat et alte retinebat, et quidquid sine hoc nomine fuisset, quamvis litteratum et expolitum et veridicum, non me totum rapiebat.*¹

Estas palabras tan expresivas de los inicios de la vida y de la fe primeriza de Agustín las traduce bellamente el ilustrado y piadoso sacerdote Lorenzo Riber diciendo que este nombre de Jesús: «ya en la leche de mi madre había bebido piadosamente el tierno corazón mío, y lo retenía entrañable y profundo, y todo lo que se hallaba sin este nombre, aunque fuese literario y pulido y veraz, no me arrebataba por entero»². En verdad resulta revelador y emotivo el comprobar de qué maravilloso modo la gracia de Dios se iría manifestando en el tan ardiente y en definitiva tan iluminado corazón de Agustín en el prolongado camino que le conduciría a una plenitud de fe y de intenso amor a Dios.

EL FERVIENTE ITINERARIO DE AGUSTÍN HACIA DIOS

La imagen de la divinidad que alberga Agustín en su ardoroso e inquieto corazón no depende primariamente de una visión filosófica basada en conceptos metafísicos, sino que más bien tiene sus raíces en las revelaciones y acontecimientos con los que Dios se ha ido manifestando y que Agustín ha ido conociendo a través de las enseñanzas cristianas a partir de su condición de catecúmeno que ha recibido en la infancia al ser signado con la cruz y siendo instruido especialmente por su madre. Esta imagen espiritual irá sufriendo alteraciones y oscurecimientos, pero nunca quedará del todo frustrada e inoperante, y que con su conversión resplandecerá de nuevo y de manera admirable

Las quiebras y también las iluminaciones que ocurren en su prolongado camino las conocemos de un modo relevante y acreditado a través de la obra inmortal autobiográfica de las *Confesiones*. El caminar hacia el encuentro con Dios por el conocimiento y el amor, que en definitiva han de ser eternos, tienen su inicio en una convicción de la

¹ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, libro III, cap. 4º, 8: BAC 11, Madrid 1991, p. 138.

² SAN AGUSTÍN, *Confesiones* Ibid. Versión castellana de Lorenzo Riber, Barcelona 1971, p. 106

que nunca dudó y que estaba arraigada en su corazón desde el inicio de su vida y que espontáneamente albergaba a partir del concepto de «creación» que lógicamente da a conocer al Creador, que ha de ser necesariamente eterno, existente por sí mismo, único, y por esencia perfectamente bueno. Así lo manifiesta con gran plenitud y excelso don de sabiduría:

He aquí que existen el cielo y la tierra, y claman que han sido hechos, porque se mudan y cambian. Todo, en efecto, lo que no es hecho y, sin embargo, existe no puede contener nada que no fuese ya antes, en lo cual consiste el mudarse y variar. Claman también que no se han hecho a sí mismos: *Por eso somos, porque hemos sido hechos; no éramos antes de que existiéramos, para poder hacernos a nosotros mismos.* Y la voz de los que así decían era la voz de la evidencia. Tú eres, Señor, quien lo hiciste; tú que eres hermoso, por lo que ellos son hermosos; tú que eres bueno, por lo que ellos son buenos; tú que eres Ser, por lo que ellos son. Pero ni son de tal modo hermosos, ni de tal modo buenos, ni de tal modo ser como lo eres tú, su Creador, en cuya comparación ni son hermosos, ni son buenos, ni tienen ser. Conocemos esto; gracias te sean dadas; mas nuestra ciencia, comparada con tu ciencia, es una ignorancia³.

Esta espléndida manifestación del concepto de la divinidad que había tenido sus inicios en la fe cristiana de Agustín ya en los años de su niñez la conocemos a través de sus propios testimonios, como es también aquel que nos refiere que sintiéndose enfermo de muerte pidió fervientemente el bautismo, que no se realizó por haberse recuperado en breve:

Tú viste, Señor, cómo cierto día, siendo aún niño, fui presa repentinamente de un dolor de estómago que me abrasaba y puso en trance de muerte. Tú viste también, Dios mío, pues eras ya mi guarda, con qué fervor de espíritu y con qué fe solicité de la piedad de mi madre y de la madre de todos nosotros, tu Iglesia, el bautismo de tu Cristo, mi Dios y Señor⁴.

³ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, BAC 11 cit. libro XI, cap. 4º, pp.468-469.

⁴ *Ibid*, libro I, cap. 11º, p. 88.

Romano Guardini atribuye a este testimonio de religiosidad del jovenzuelo una considerable manifestación de cómo valoraba su relación personal con Dios, diciendo: «Bajo el efecto de interiorización que las enfermedades producen a menudo a esa edad –a veces comienza con una enfermedad un nuevo período del desarrollo del carácter o de la vida del espíritu–, surge una fuerte ola de fe cristiana y el muchacho pide el bautismo»⁵.

Esta actitud de fe cristiana de Agustín sufrió, sin embargo, un gran deterioro cuando por razón de sus estudios de retórica y oratoria, para los que se mostraba muy capacitado, pasó a residir primero en Madaura y luego en Cartago, ciudades todavía poco cristianizadas y en las que imperaba un ambiente de paganismo con las costumbres licenciosas y una corrupción moral que afectaba especialmente a la juventud estudiantil inexperta y a la que además se les ofrecía indiscriminadamente unas lecturas literarias plagadas de malas costumbres tanto en los personajes relevantes de los relatos de ficción como en la evocación de los dioses del paganismo. El propio Agustín es quien manifiesta su alejamiento de Dios al quedar aprisionado con las cadenas del vicio y del pecado:

Porque hubo un tiempo de mi adolescencia en que ardí en deseos de hartarme en las cosas más bajas y osé envilecerme con varios y sombríos amores, y se marchitó mi hermosura, y me volví podredumbre ante tus ojos por agradarme a mí y desear agradar a los ojos de los hombres. ¿Y qué era lo que me deleitaba, sino amar y ser amado? Pero no guardaba modo en ello, yendo de alma a alma, como señalan los términos de la amistad, sino que del fango de mi concupiscencia carnal y del manantial de la pubertad se levantaban como unas nieblas que obscurécían y ofuscaban mi corazón hasta no discernir la serenidad de la dilección y la tenebrosidad de la libido. Uno y otro abrasaban y arrastraban mi flaca edad por lo abrupto de mis apetitos y me sumergían en un mar de torpezas. Tu ira había arreciado sobre mí y yo no lo sabía. Me había hecho sordo por el ruido de la cadena de mi mortalidad, justo castigo de la soberbia de mi alma, y me iba alejando cada vez más de ti...⁶

⁵ ROMANO GUARDINI, *La conversión de Aurelio Agustín*, Desclé de Brouwer, Bilbao 2013, p. 163.

⁶ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, libro II, caps. 1-2: BAC 11, pp. 112-113.

El alejarse de Dios por su vida desordenada no implicaba un rechazo total de la fe cristiana en que se había implicado desde la infancia. Su madre no dejaba de encomendarle a Dios con sus plegarias y de aconsejarle debidamente, y él la respetaba. En el decurso de sus años de estudio, hacia lo diecisiete de edad, habitó con su familia en Tagaste, preparando su marcha a Cartago. Por el mismo tiempo o poco después murió su padre, como cristiano recién bautizado y nació Adeodato, el único hijo de Agustín y de una amante con la que convivía guardándose ambos fidelidad, lo cual parece indicar de algún modo un mejoramiento de costumbres. A veces Agustín, consciente de su valía intelectual, trataba de descubrir un pensamiento religioso que le ofreciera garantías de un valor cultural que fuera para él digno de atención, dado que el cristianismo le parecía poco convincente y en todo caso destinado a gente sencilla e inculta, tal como él lo refiere después de su conversión atribuyendo a su soberbia ese equivocado juicio:

En vista de ello decidí aplicar mi ánimo a las Santas Escrituras y ver qué tal eran. Mas he aquí que veo una cosa no hecha para los soberbios ni clara para los pequeños, sino a la entrada baja y, en su interior sublime y velada de misterios, y yo no era tal que pudiera entrar por ella o doblar la cerviz a su paso por mí. Sin embargo, al fijar la atención en ellas, no pensé entonces lo que ahora digo, sino simplemente me parecieron indignas de parangonarse con la majestad de los escritos de Tilio [Cicerón]. Mi hinchazón recusaba su estilo y mi mente no penetraba su interior. Con todo, ellas eran tales que habían de crecer con los pequeños; mas yo me desdeñaba de ser pequeño y, finchado de soberbia, me creía grande⁷.

En estos acontecimientos y en las diversas situaciones en las que se encuentra Agustín a lo largo de sus búsquedas y experiencias de vida queda bien reflejado cómo este hombre muy inteligente, pero también seducido por movimientos interiores y circunstancias externas que intervienen en sus intentos por descubrir qué ruta es la esencial y duradera que debe seguir, no se encuentra en una soledad tenebrosa, sino que en realidad se halla cerca de él Aquel que le quie-

⁷ *Ibid.*, Libro III, cap. 5º, BAC 11, pp. 138-139.

re iluminar. Romano Guardini se refiere a esta progresiva iluminación que va transformando al joven estudiante o siendo ya un maestro africano de retórica que va en búsqueda de un sentido religioso más profundo: «Agustín se experimenta a sí mismo –dice Guardini– y experimenta el mundo como real, pero realizado de continuo por Dios. Experimenta profundamente el hecho de que él mismo existe y vive. Todo lo que le sale al encuentro le resulta cargado de significado, pero esta potencia y esta fuerza de sentido proviene de que es Dios quien está presente y actúa en todo ello»⁸.

Esta clara y definitiva seguridad que fue experimentando Agustín y que se refleja plenamente en toda su obra de las *Confesiones* consiste, tal como lo manifiesta también Guardini, en la convicción de que «no se desdibuja nada, ni se hace borrosa ninguna frontera, ni Dios deja en momento alguno de ser el Señor y Creador que está solamente en sí mismo, y el hombre nunca es otra cosa que la creatura que de él depende en todo su ser»⁹. Esta firme convicción de Agustín acerca de la esencia divina y de que el Ser supremo se ha revelado dándose a conocer con una certeza plenamente afianzada constituye un proceso ascendiente y que además conduce a Agustín a unirse a Dios con un cambio de vida o conversión que se va realizando bajo la acción de la gracia divina. Este maravilloso itinerario hacia la fe y el amor de Dios no deja de impresionar en gran manera al ir conociendo los pasos y las actitudes que experimenta Agustín, así como las mediaciones y circunstancias de que se ha servido la Providencia para ese progresivo e intenso camino de fe.

Uno de estos acontecimientos favorables para el sentimiento religioso y el acercamiento a Dios por parte de Agustín fue la lectura de un libro de Cicerón titulado *Hortensius*. Esta obra del tan admirado autor latino, y que actualmente no se conserva exponía en forma dialogada la importancia del conocimiento de la verdadera sabiduría como necesaria para buena orientación de la vida humana, mediante una filosofía basada en una verdad inquebrantable. Agustín con la lectura de esta obra experimentó una seguridad y apertura de la mente

⁸ ROMANO GUARDINI, *La conversión de Aurelio Agustín*, cit.p.130.

⁹ *Ibíd.*, pp. 130-131.

que le llevaba hacia una vida que no podía menos de estar orientada hacia Dios. Así lo refiere él mismo en sus *Confesiones* donde dice:

Semejante libro cambió mis afectos y mudó hacia ti, Señor, mis súplicas e hizo que mis votos y deseos fueran otros. De repente apareció a mis ojos vil toda esperanza vana, y con increíble ardor de mi corazón suspiraba por la inmortalidad de la sabiduría, y comencé a levantarme para volver a ti. [...] ¡Cómo ardía, Dios mío, cómo ardía en deseos de remontar el vuelo de las cosas terrenas hacia ti, sin que yo supiera lo que entonces tú obrabas en mí! *Porque en ti está la sabiduría* (Job 12,16) Y el amor a la sabiduría tiene un nombre en griego que se dice *filosofía*, al cual me encendían aquellas páginas¹⁰.

El acercamiento a Dios reconociéndole como origen y destino de toda la creación y muy en especial de la humanidad, significó para Agustín una sabiduría que debía iluminar y dar sentido a toda su vida, pero no le condujo por entonces a la plenitud de su conversión a él, porque las cadenas de su vida pecadora le dificultaban dar el paso definitivo que exigía la verdad que por gracia de Dios iba descubriendo, como él mismo sinceramente reconoce el arraigo de sus malas costumbres diciendo: «Mas yo joven miserable, sumamente miserable había llegado a pedirte en los comienzos de la misma adolescencia la castidad, diciéndote: “Dame la castidad y continencia, pero no ahora”, pues temía que me escucharas pronto y me sanaras presto de la enfermedad de mi concupiscencia, que entonces más quería yo saciar que extinguir»¹¹.

Los nueve años (376-384) en que Agustín casi de continuo moró en Cartago corresponden a una situación en la que parece que su acercamiento a Dios más bien se paraliza y se embrolla. Con razón dice Lorenzo Riber: «Puesto que el amor había hecho presa en su carne, el error lo hizo en su entendimiento»¹². Al no confiar en el cristianismo que se iba extendiendo, pero que él considera como poco valioso y falso de prestigio dentro de la cultura y las instituciones del

¹⁰ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, libro III, cap. 4º, 7-8: BAC 111, p. 137

¹¹ *Ibid.*, libro VIII, cap. 7, 16: BAC 11, p. 328.

¹² LORENZO RIBER, Introducción a las *Confesiones de San Agustín*, cit. p. 21.

Imperio romano, se deja seducir por algunas apariencias de un pensamiento inteligente y de una sabiduría razonable que le parecía encontrar en una secta religiosa, la de los maniqueos, que se presentaba con ciertos aspectos de cristianismo y trataba de ahondar en el misterio de la existencia del mal. A esta ideología estuvo adherido, de alguna manera, este brillante profesor de elocuencia, casi durante un decenio y trató de propagarla, pero acabó desconfiando de la propaganda de estos sectarios, y acabará lamentando esa equivocada decisión, tal como lo manifiesta en su obra de las *Confesiones*, donde dice:

No conocía yo otra cosa –en realidad de verdad lo que es– y sentía-me como agudamente movido a asentir a aquellos recios engañosadores [los maniqueos] cuando me preguntaban de donde procedía el mal y si Dios estaba limitado por una forma corpórea. [...] Yo, ignorante de estas cosas, perturbábame con ellas y, alejándome de la verdad, me parecía que iba hacia ella, porque no sabía que el mal no es más que privación del bien hasta llegar a la misma nada. Y ¿cómo la había yo de saber, si con la vista de los ojos no alcanzaba a ver más que cuerpos y con la del alma no iba más allá de los fantasmas? Tampoco sabía que Dios fuera espíritu y que no tenía miembros a lo largo ni a lo ancho, ni cantidad material alguna, porque la cantidad o masa es siempre menor en la parte que en el todo, y, aun dado que fuera infinita, siempre sería menor la contenida en el espacio de una parte que la extendida por el infinito, a más de que no puede estar en todas partes como el espíritu, como Dios. También ignoraba totalmente qué es aquello que hay en nosotros según lo cual somos y con verdad se nos llama en la Escritura imagen de Dios¹³.

En medio de la confusión de ideas acerca de la divinidad y de los problemas que la existencia del mal que afectaban a los maniqueos y que ellos trataban de solventar con infundadas sugerencias características del gnosticismo, Agustín se sintió defraudado y felizmente encontró un camino muy diverso y abierto hacia el gozo de la revelación con la que Dios ha querido iluminar a los seres humanos creados a su imagen y semejanza. A la aceptación de estas convicciones religiosas abrió para Agustín una ruta favorable la lectura de los escritos

¹³ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, cit. libro III, cap. 7º, 12: BAC 11, pp. 142-143.

neoplatónicos traducidos al latín. De esta providencial apertura trata él mismo con gozo y gratitud a Dios, en el libro séptimo de la Confesiones, cuyos relatos e iluminaciones dan pie a que Lorenzo Riber califique estas gozosas expresiones diciendo que son «el *Canticum granduum*, el poema de esta ascensión espiritual, no exenta de sudores, de tinieblas y de vértigo. *Ad alta per ardua*»¹⁴. Es el propio Agustín quien hace memoria de este feliz descubrimiento de la verdad de Dios y de su inefable cercanía diciendo:

Y primeramente, queriendo tú mostrarme cuánto *resistes a los soberbios y das tu gracia a los humildes* (*St 4,6*) y con cuanta misericordia tuya ha sido mostrada a los hombres la senda de la humildad, por *haberse hecho carne tu Verbo y haber habitado entre los hombres* (*Jn 1,14*), me procuraste por medio de un hombre hinchado con monstruosísima soberbia los libros de los platónicos, traducidos del griego al latín. Y en ellos leí, –no ciertamente con estas palabras, pero sí sustancialmente lo mismo, apoyado con muchas y diversas razones– que *en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios. Y Dios era el Verbo. Este estaba desde el principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se ha hecho nada. Lo que se ha hecho es vida en él; y la vida era luz de los hombres, y la luz luce en las tinieblas, mas las tinieblas no la comprendieron*. Y que el alma del hombre, aunque *da testimonio de la luz, no es la luz*, sino el Verbo, Dios, ése es *la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*¹⁵.

No cabe duda de que los libros neoplatónicos que conoció Agustín habían incorporado, junto con una herencia platónica, diversos textos cristianos y evangélicos, lo cual vino a constituir una provechosa clarificación respecto de las enseñanzas cristianas que él desde su infancia había ya recibido.

Romano Guardini también se refiere a esta vinculación que hubo en Agustín entre cierta filosofía platónica y su primera instrucción cristiana respecto de la esencia divina y la encarnación del Verbo, lo cual expresa de esta manera: «Ya habíamos dicho que la vivencia conectada con la doctrina de Plotino era, en su raíz, cristiana. Lo

¹⁴ Introducción a las *Confesiones de San Agustín*, cit. p. 35.

¹⁵ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, libro VII, cap. 9, 13: BAC 11, pp. 282-283.

que Agustín había leído en las *Enéadas* era filosofía, filosofía religiosa. Pero lo que estaba a la expectativa en su interior era la condición cristiana que, todavía encadenada, urgía a salir en libertad. Así, al leer Plotino se encendió una vivencia que, en verdad, no provenía del ámbito filosófico, sino de otra parte. Por un momento amenaza el peligro de que Agustín lo malinterprete, lo considere filosofía y lo deje caer en lo filosófico. Pero su conciencia del verdadero sentido de la vivencia, su instinto cristiano, es más fuerte que su espíritu filosófico. [...] Pero, después, y lo que es más importante: estas verdades están presentes en Pablo de la manera correcta, a saber: “con la recomendación de la gracia”, es decir, como revelación. No se captan como conocimiento autónomo, sino como don. Las realidades del Dios espiritual, de la creación, del bien, del mal y del alma adquieren la auténtica forma en que están dadas y, con ello, la garantía de verdad sagrada»¹⁶.

Durante estos años de profesorado en Cartago y a pesar de las dudas que sembraban en su mente las oscuridades de los maniqueos, el pensamiento religioso de Agustín se iba clarificando gracias a la consideración de las verdades del cristianismo que habían sido plantadas en su interior, de tal modo que el concepto de la encarnación del Verbo divino le sirve de estímulo para esclarecer sus ideas sobre la divinidad, tal como se pone de relieve en el libro cuarto de las *Confesiones*, donde dice:

Nuestra *Vida verdadera* bajó acá y tomó nuestra muerte y la mató con la abundancia de su vida, y dio voces como de trueno, clamando que retornemos a él en aquel retiro de donde salió para nosotros, pasando primero por el seno virginal de María, en el que se desposó con la humana naturaleza, carne mortal para no ser siempre mortal. De aquí *como esposo que sale de su tálamo, se esforzó alegramente, como un gigante, para correr su camino*. Porque no se retardó, sino que corrió dando voces con sus palabras, con sus obras, con su muerte, con su vida, con su descendimiento y su ascensión, clamando que nos volvamos a él, pues si partió de nuestra vista fue para que entremos *en nuestro corazón* y allí le hallemos; porque si partió, *aún está con nosotros*¹⁷.

¹⁶ ROMANO GUARDINI, *La conversión de Aurelio Agustín*, cit., pp. 222-223.

¹⁷ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, libro IV, cap. 12º, 19: BAC 11, p. 176.

También las experiencias de vida anteriores a su conversión contribuyeron a que él fuera descubriendo cómo Dios con su providencia le iba conduciendo hacia el sincero arrepentimiento y el ferviente amor a Dios, lo cual el recordará con mucha frecuencia en sus enseñanzas y testimonios. Así recuerda con mucha gratitud cómo fue liberado en una situación con peligro de muerte que experimentó en una enfermedad al llegar a Roma desde África donde dejó a su madre rezando constantemente por él, como lo recuerda en el libro quinto de sus *Confesiones*, diciendo:

Y agravándose las fiebres, ya casi estaba a punto de irme y perecer. Pero ¿adónde hubiera ido, si entonces hubiera tenido que salir de este mundo, sino al fuego y tormentos que merecían mis acciones, según la verdad de tu ordenación? No sabía esto mi madre, pero oraba por mí ausente, escuchándola tú, presente en todas partes allí donde ella estaba, y ejerciendo tu misericordia conmigo donde yo estaba, a fin de que recobrara la salud del cuerpo, todavía enfermo y con un corazón sacrílego¹⁸.

La obra transformadora de la gracia de Dios en Agustín se realizó en Milán en el año 386. Allí se hizo presente su madre con su hijo Navigio y Adeodato. Ella logró poner en relación a Agustín con el obispo Ambrosio. La predicación de este ilustrado y santo prelado conduciría a Agustín a aceptar plenamente la enseñanza de la Iglesia católica, descubriendo sin sombra alguna el profundo misterio de la encarnación del Verbo, que había vislumbrado al leer los libros de los neoplatónicos; pero después de haber escuchado a Ambrosio y leer las cartas de san Pablo, brilló en el alma de Agustín la fe en Dios tal como por revelación divina se ha manifestado. Así lo vemos ya expuesto de un modo inicial en las *Confesiones*, donde dice:

Pero yo entonces juzgaba de otra manera. Sintiendo de mi Señor Jesucristo, tan sólo lo que se puede sentir de un varón de extraordinaria sabiduría, a quien nadie puede igualar. [...] Mas qué misterio encerraran aquellas palabras: *El Verbo se hizo carne*, ni sospecharlo siquiera podía. Sólo conocía que las cosas que de él nos habían dejado escritas,

¹⁸ Ibíd., Libro V, cap. 9º, 16: BAC11, p. 209.

que comió y bebió, durmió, paseó, se alegró, se entristeció y predicó, y que la carne no se juntó a tu Verbo sino dotada de carne y razón. Conoce esto todo el que conoce la inmutabilidad de tu Verbo, la cual ya conocía yo, en cuanto podía, sin que dudara un punto siquiera en esto¹⁹.

En el vibrante y conmovedor relato que hace Agustín del desenlace del proceso de su conversión lo más profundo en el ámbito de la fe cristiana es la consideración de la presencia y cercanía de Dios, pues, como dice Romano Guardini, «Es el Dios que se levanta, entra en la historia y actúa en ella. Es el Dios que llama a la persona individual y la introduce en una historia. Esta historia se verifica con la misma frecuencia con la que existen seres humanos. Cada vez se introduce en esa historia todo lo que existe, las cosas del mundo y los hombres. Cada vez, todo existe por ella, de modo que lo que existe, mundo y existencia humana, adquiere en ella su centro y su nombre. Si hay alguien que está convencido de ello es Agustín²⁰.

Con gran lucidez y ferviente gratitud reconoce Agustín que, por la bondad del Señor y su amable cercanía, pudo él ser liberado del mal y la oscuridad que le envolvían a causa del perverso influjo de las ilusorias fantasías de los maniqueos, además del lamentable influjo de su propia vida pecaminosa. Fue bautizado por san Ambrosio en la Pascua del año 387. Al verse tan radicalmente transformado, lleno de reconocimiento por el favor divino e inundado de gozo exclama:

¡Oh Verdad, lumbre de mi corazón, no me hablen mis tinieblas!
Me incliné a éstas y me quedé a oscuras; pero desde ellas, sí, desde ellas te amé con pasión. *Erré y me acordé de ti. Oí tu voz detrás de mí*, que volviese; pero apenas la oí por el tumulto de los sin-paz. Mas he aquí que ahora, abrasado y anhelante, vuelvo a tu fuente. Nadie me lo prohíba: que beba de ella y viva de ella. No sea yo mi vida; mal viví de mí; muerte fui para mí. En ti comienzo a vivir: háblame tú, sermonéame tú. He dado fe a tus libros, pero sus palabras son arcanos profundos²¹.

¹⁹ Ibíd., Libro VII, cap. 19º, 25: BAC 11, pp. 294-295.

²⁰ ROMANO GUARDINI, *La conversión de Aurelio Agustín*, cit., pp. 14-15.

²¹ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, libro XII, cap. 10º, 10: BAC 11, pp. 515-516.

La plenitud de amor a Dios y de gozo en el alma que Agustín experimentó con su admirable conversión, la califica Lorenzo Riber como «canto de alborada», por la palabra con que el converso se refiere a su amor y su gozo mediante la forma verbal *garriebam* del verbo latino *garrio* cuyo significado es el de «gorjeear», aludiendo en este caso a la novedad de vida y placidez espiritual, ya que el gorjeo de ciertas aves suele acompañar a la alborada de un nuevo día placentero.

La proclamación que cabe considerar quizá como la más significativa y entrañable, entre las muchas que tenemos de san Agustín respecto de su amor y gratitud a Dios en el libro décimo de las *Confesiones*, es la que valora como un camino oportuno para acercarse a Dios, además, de la oración confiada y humilde, viene a ser el de adentrarse en la experiencia interior del propio espíritu, sirviéndose de la facultad de la memoria. Este precioso testimonio de Agustín dice así:

¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí, y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deformé como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y abraséme en tu paz²².

Desde que Agustín experimentó esa luz y ese gozo de la presencia amorosa de Dios, que es esta «hermosura tan antigua y tan nueva» ya no pudo vivir sino para Dios y buscando ardientemente la voluntad del Señor. Y así lo expresa diciendo: «Búsquete yo para que viva mi alma, porque si mi cuerpo vive de mi alma, mi alma vive de ti»²³.

Después de su conversión el alma cálida y reflexiva de Agustín le inclinaba a buscar una existencia espiritual sosegada, en compañía de personas afines a su pensamiento, regresando para ello a su tierra natal de Numidia en el África Proconsular ya muy romanizada. Su perspectiva era la de llevar una intensa vida cristiana, saboreando y

²² *Ibid.*, Libro X, cap. 27º, 38: BAC 11, p. 424.

²³ *Ibid.*, Id. cap. XX, 29: BAC 11, p. 416.

agradeciendo los dones recibidos de Dios y contemplando en profundidad los admirables misterios de la fe.

Pero, una vez conocida y admirada por los pastores y fieles de la Iglesia africana su adhesión a la fe católica y su admirable capacidad intelectual, se le rogó que pusiera su talento y toda su persona al servicio del pueblo de Dios. En el año 396 aceptó, casi a la fuerza, ser el obispo de Hipona ciudad portuaria de la costa mediterránea, donde permaneció entregado a la labor pastoral y a la defensa de la fe frente a las herejías que trataban de desgarrar la túnica inconsútil de Cristo, que es la Iglesia.

Hasta aquí hemos puesto la atención en el admirable itinerario personal de Agustín, tratando de destacar sus admirables testimonios y enseñanzas sobre su encuentro con la verdadera doctrina sobre Dios apoyándose sobre la divina revelación y contemplando con humildad y admiración sus inefables misterios. Desde aquí intentaremos buscar, seleccionar y referir las enseñanzas sobre la presencia de Dios en el mundo transmitidas por el gran maestro de la fe cristiana que fue el obispo de Hipona que con preclara lucidez las fue transmitiendo en sus muchos libros, cartas y sermones.

LAS VIRTUDES TEOLOGALES

Al desarrollar Agustín sus labores de enseñanza cristiana, tanto a través de sus múltiples escritos y sermones, dirigidos tanto a personas intelectualmente bien preparadas, como a la gente sencilla que va en busca de avanzar en el conocimiento de la doctrina cristiana, se esforzó en ofrecer una doctrina sólida y eficaz sobre las nociones y materias básicas para el buen desarrollo de una vida de unión con Dios, tal como el Señor se ha dignado revelar.

Para ello resultaba muy importante y decisivo para los cristianos que conocieran y valoraran la verdad de que ya desde su bautismo habían recibido la maravillosa infusión de las tres virtudes: fe, esperanza y caridad, que se denominan «teologales» por su íntima vinculación con Dios. Estas son las que, según expresa el Catecismo de la Iglesia Católica, (nº 1813) «fundan, animan y caracterizan el obrar moral del

cristiano», así como también «informan y vivifican todas las virtudes morales». Sobre la eficacia y trascendencia de estas virtudes teológicas ofrece san Agustín muchas y profundas enseñanzas.

En cuanto al conocimiento la fe cristiana, Agustín, de acuerdo con san Pablo (*Rm 10,17*), remarca mucho que llega y se difunda por la escucha (*ex auditu*) de la predicación, y en cuanto a sí mismo y en referencia a su conversión, dice: «Que yo, Señor, te busque invocándote y te invoque creyendo en ti, pues me has sido ya predicado. Invócate, Señor, mi fe, la fe que tú me diste e inspiraste por la humanidad de tu Hijo y el ministerio de tu predicador»²⁴ No cabe duda de que esa referencia al predicador que le proclamó la fe conduciéndolo a su conversión fue el obispo de Milán san Ambrosio.

A su vez, Agustín proclamará eficazmente la fe cristiana a través de su generosa y constante labor pastoral. De un modo peculiar lo efectúa con sus escritos y en su predicación. En el inicio de su tratado: «La fe y el símbolo de los apóstoles» (*De fide et símbolo*) pone muy de relieve la importancia de la predicación de la fe y de la acogida fiel y perseverante de quienes reciben el mensaje. Y Agustín lo comunica diciendo:

Está escrito y confirmado por la firmísima voluntad de la enseñanza apostólica que *el justo vive de la fe* (*Ga 3,11*). Esta fe exige de nuestra parte el acatamiento del corazón y de la lengua. En efecto, así dice el Apóstol: *Es necesario creer de corazón para justificarse y confesar la fe con la boca para salvarse* (*Rm 10,10*). Nos es muy conveniente recordar tanto la justificación como la salvación, porque aun cuando estamos destinados a reinar en la justicia eterna, no podemos preservarnos de la malicia del tiempo presente si no nos esforzamos por nuestra parte en la salvación del prójimo, profesando también con la boca la fe que llevamos en el corazón. Y debemos también mantener una piadosa y prudente vigilancia que impida que la fe pueda ser alterada en ningún punto por las fraudulentas sutilezas de los herejes²⁵.

²⁴ *Ibíd.*, Libro I, cap. 1º, 1: BAC 11, pp. 73-74.

²⁵ SAN AGUSTÍN, *La fe y el símbolo de los apóstoles*, I, 1º: BAC 499, p. 386.

En este pasaje de introducción a sus comentarios a los artículos del «Símbolo apostólico» manifiesta que la fe del corazón, o sea, aceptada interiormente y con sinceridad, sirve para la justificación, es decir, para recibir el perdón de los pecados y obtener la gracia santificante, y que también es necesario profesárla y tratar de difundirla. Lo mismo se pone de relieve en la encíclica *Lumen fidei*, del papa Francisco preparada con aportaciones de su antecesor Benedicto XVI donde se dice: «Quien se ha abierto al amor de Dios, ha escuchado su voz y ha recibido su luz, no puede retener este don para sí. La fe, puesto que es escucha y visión, se transmite también como palabra y luz»²⁶. También san Pablo lo expresa al decir: «Pero teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito: *Creí por eso hablé*, también nosotros creemos y por eso hablamos» (*2Co 4,13*).

En el ser humano se refleja una dimensión misteriosa y dependiente de la bondad divina, ya que por creación hemos pasado de la nada a la existencia, y además hemos sido destinados por el Creador a vivir perpetuamente dándonos la posibilidad de alcanzar una unión con Dios definitiva, gloriosa y feliz. De esta insondable profundidad de la existencia humana y de la infinita bondad divina proviene la sublime y famosa exclamación de Agustín: «Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti»²⁷. Esta luz y esperanza que brotan de la fe las describe así el santo en sus comentarios o *Enarraciones sobre los Salmos* con estas enjundiosas palabras:

La fe tiene ojos más grandes, más potentes y perspicaces que el cuerpo. Estos ojos no engañan a nadie. *Estén siempre puestos en el Señor, para que Él saque de estos lazos [del pecado] a tus pies* (*Sal 24,15*). Te agrada el camino del pecador porque es ancho, y muchos caminan por él; ves su anchura, no ves su fin o largura. En donde termina hay un precipicio, en donde termina hay una profundidad abismal, alegres y desbordados en este camino, se sumergen en este final. No puedes alargar la mirada para ver este fin; cree al que ve. ¿Y qué hombre lo ve? Quizá ningún hombre; pero vino a ti tu Señor para que creyeses para que creyeses a Dios. ¿Y no has de creer al Señor, tu Dios, que te

²⁶ Encíclica *Lumen fidei*, cap. 3º, 37.

²⁷ SAN AGUSTÍN, *Confesiones* Libro I, 1, 1: CAC 11, p. 73.

dice: *Ancho y espacioso es el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que transitan por él? (Mt 7,13)*. El Señor destruirá este camino, porque es camino de pecadores²⁸.

La encíclica *Lumen fidei* al considerar la vinculación entre la fe y la teología dice: «Al tratarse de una luz, la fe nos invita a adentrarnos en ella, a explorar cada vez más los horizontes que ilumina, para conocer mejor lo que amamos»²⁹. También san Agustín con frecuencia pone de relieve cuál debe sea la auténtica y veraz relación entre la fe que proviene de la revelación divina y el buen cultivo de la capacidad de la inteligencia humana, que también tiene su origen en el Creador, pero poniendo la atención en que la actividad humana se ha de dejar guiar por la enseñanza de Dios recibida en el decurso de la revelación divina que tiene su plenitud en Cristo:

Todas las cosas buenas las hizo él; pero él es bueno a quien nadie hizo. Él es bueno por su propio bien, no por participación de otro bien. Él es el bien por su mismo bien, sin adherirse a otro bien. *A mí me es bueno unirme a Dios (Sal 72,28)*, el cual no necesitó de nadie por el que fuera hecho bueno; sin embargo, las demás cosas necesitan de él para ser buenas. ¿Queréis saber por cuán particularmente es bueno? Al ser interrogado el Señor, dijo: *Uno solo es el bueno, Dios. (Mt 19,17)*. No quiero pasar como por ascuas esta peculiaridad de su bondad, pero no tengo capacidad para ponderarla suficientemente. Temo que, si paso a la ligera esto, sea ingrato; y asimismo temo que al pretender explicar esta bondad, me fatigue con el peso de tan intensa alabanza de Dios. Así, pues, hermanos, tenedme por el que alaba, pero no lo suficiente; para que si no llega a ser completa la explicación de su alabanza, se acepte a lo menos el fervoroso empeño del que desea alabar. Me apruebe él haberlo querido y me perdone él no haberlo conseguido³⁰.

También Agustín incluso en sus escritos de gran contenido filosófico, pero sobre todo en sus sermones al pueblo fiel, prescindiendo de los argumentos metafísicos acerca de las inefables verdades acerca

²⁸ SAN AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los Salmos*, 145, 19: BAC 264, p. 797.

²⁹ Encíclica *Lumen fidei*, cap. 2º, nº 36.↑p

³⁰ *Enarraciones sobre los Salmos*, 134, 3: BAC 264, pp. 485-486.

de Dios y de sus obras magníficas y admirables, se basa en las maravillas de la creación y en la capacidad de admiración de los seres humanos, que espontáneamente reconocen la sabiduría y la bondad de Dios. He aquí, a modo de ejemplo, algunas de sus afirmaciones en un sermón acerca de la predicación apostólica y de la propagación de la fe cristiana:

¡Y cuán grande ha sido la bondad de Cristo! Este Pedro, que así habla, fue pescador, y ahora recibe no pequeña gloria el orador si es capaz de comprender al pescador. Por lo cual, hablando a los primeros cristianos, decía el apóstol Pablo: *Mirad, hermanos, vuestra vocación; no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Sino que Dios escogió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte; eligió lo necio del mundo para confundir a los sabios, y a las cosas viles y despreciables del mundo y a aquellas que no son, como si fueran, para anular las que son.* (1Co 1,26-28). [...] Pensad, pues, en este pescador [Pedro] santo, justo, bueno, lleno de Cristo, en cuyas redes, echadas por todo el mundo, había de ser pescado este pueblo: Recordad que él dijo: *Tenemos un testimonio, más firme, el de los profetas* (2Pte 1,19). Concédeme que en aquella controversia el juez sea el profeta. ¿Qué teníamos entre manos? Tú decías: «Entienda yo y creeré». Yo, en cambio, decía: «Cree para entender». Surgió la controversia; vengamos al juez, juzgue el profeta; mejor juzgue Dios por medio del profeta. Callemos ambos. Ya se ha oído lo que decimos uno y otro. «Entienda yo, dices, y creeré». «Cree, digo yo, para entender». Responde el profeta: *Si no creyereis, no entenderéis* (Is 7,9, según los Setenta)³¹.

Aunque manteniendo el evidente aspecto de una preferencia por la sencillez y humildad en la realización de la obra salvadora de Dios, Agustín no prescinde de reconocer y admirar unos preciosos dones del Espíritu, manifestados en la revelación, como son la sabiduría y la ciencia, que los teólogos analizarán con amplitud a lo largo de siglos, considerando a la «sabiduría» como el más excelso de estos dones ya que valora todas las cosas a la luz del Verbo divino y en el esplendor de la Trinidad, mientras que a la «ciencia» se le reconoce la recta valoración y el buen uso de las cosas creadas por Dios. Ya el obispo de

³¹ SAN AGUSTÍN , *Sermones*, 43, 6-7: BAC 53, 593-594

Hipona expone unos conceptos semejantes, que en su obra *La Trinidad*, lo manifiesta de esta manera:

La acción que nos lleva a usar rectamente de las cosas temporales dista de la contemplación de las realidades eternas: ésta se atribuye a la sabiduría, aquélla a la ciencia. Aunque en rigor la sabiduría puede llamarse también ciencia, pues así lo hace el Apóstol cuando dice: *Ahora conozco en parte, entonces conoceré como soy conocido* (*1Co 13,12*). Por ciencia entiende aquí la contemplación de Dios, supremo galardón de los santos. Pero cuando dice: *A uno le es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu* (*1Co 12,8*), no hay duda de que distingue estas dos cosas, aunque no explica su diferencia ni enseña cómo se las puede discernir³².

Otro concepto al que Agustín presta también una especial atención es la necesidad de la «gracia» para obtener la fe y perseverar en ella con el amor. En las *Confesiones* él así lo expresa: «*Para mí el bien está en adherirme a Dios* (*Sal 72,28*), porque si no permanezco en él, tampoco podré permaneces en mí»³³ Esa obra salvífica de la gracia, y que debe ser siempre implorada la describe de un modo muy sugerente y comprensivo para sus oyentes en un sermón donde dice:

Haciendo memoria de lo que antecede, hallaremos el lugar del Evangelio donde había dicho: *Nadie viene a mí si mi Padre no lo trae* (*Jn 6,44*). No dijo «si no le guía», sino *trae*. Violencia es esta que se le hace al corazón, no a la carne. ¿De qué te admirás? Cree, y vienes; ama, y eres traído. No juzguéis que se trata de una violencia gruñona y despreciable; es dulce, suave; es la misma suavidad lo que te trae. Cuando la oveja tiene hambre, ¿no se la trae mostrándole hierba? Y paréceme que no se la empuja; se la sujetta con el deseo. Ven tú a Cristo así; no te fatigue la idea de un interminable camino. Creer es llegar. En efecto, a quien está en todas partes, no se va navegando, sino amando. No obstante lo cual, también en este viaje del amor hay frecuentes remolinos y borrascas de tentaciones múltiples; cree en el

³² SAN AGUSTÍN, *La Trinidad (De Trinitate)* Libro XII, cap. 14º, 22: BAC 39, p. 578.

³³ SAN AGUSTÍN, *Confesiones* libro VII, cap. 11º, 17: BAC 11, p. 287.

Crucificado para que tu pie pueda subirse al leño. No te sumergerás; el leño te llevará al puerto³⁴.

También Dios con frecuencia inicia o fortalece la virtud de la fe sirviéndose de la acción de otras personas que con sus ejemplos o palabras contribuyen a extender el reino que él se ha dignado implantar ya en el mundo con el designio de la salvación eterna para el hombre. Acerca de ello hace Agustín una hermosa referencia en sus comentarios sobre el evangelio de san Juan, donde dice:

Era este Juan [el Bautista], queridos hermanos, era uno de aquellos montes de los que está escrito: *Los montes reciban paz para tu pueblo y los collados justicia* (*Sal 71,3*, según los Setenta). Montes son las almas grandes; collados las pequeñas. Y reciben la paz los montes, para que puedan recibir la justicia los collados. ¿Qué justicia es ésta? La fe: *El justo vive de fe* (*Rm 1,17; Hb 2,4*). No podrían conseguir la fe estas almas más pequeñas, si las otras mayores, llamadas aquí montañas no fuesen iluminadas por la misma Sabiduría para con esta luz poder transmitir a las pequeñas lo que éstas sean capaces de entender. No podrán los collados vivir de la fe si los montes no reciben la paz. Desde estos montes se dijo a la Iglesia: *Paz con vosotros* (cf. *Jn 20,19*). Fueron estos mismos montes los que en su mensaje de paz a la Iglesia no se separaron de aquel que es la fuente de su paz. Así se convirtieron en mensajeros de paz verdaderos, no fingidos³⁵.

Refiriéndose a estas personas designadas como «montes» por su altura espiritual en la fe Agustín con frecuencia aludía a los mártires, sobre los cuales pronunció muchos sermones y demostró una especial devoción, destacando especialmente el martirio de san Cipriano y el de san Esteban, del cual en su tiempo llegaron a África algunas reliquias. En sus homilías de las memorias martiriales hallamos hermosas expresiones, en las que destaca la íntima y ferviente unión con Dios de lo que sufrián el martirio. Predicando sobre un grupo numeroso de mártires designados como la «Masa Cándida» dice: «Eran templos de Dios, y sentían que Dios habitaba en ellos por lo que no adoraban

³⁴ SAN AGUSTÍN, *Sermones*, 131, 2: BAC .443, pp. 157-158.

³⁵ SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de san Juan*, I, 1, 2:BAC 139, pp. 6-7.

a dioses falsos»³⁶. Y del muy venerado mártir español, el diácono san Vicente, dice san Agustín que no lo poseía el que le atormentaba, sino que en verdad el que lo poseía era Dios, y añade: «Hemos visto al mártir sufrir con extrema paciencia tormentos cruelísimos; pero su alma se sometía a Dios y de él procedía su paciencia»³⁷.

* * *

Según las fuentes de la revelación, a la fe va estrechamente unida la virtud, de la esperanza, también teologal, o sea, infundida por Dios en los creyentes que, mediante ella, los fieles no limitan su fe al conocimiento de Dios y sus gloriosos misterios, sino que también descubren que, sobre todo por las enseñanzas de Cristo y de sus apóstoles, se hacen conscientes de que se les ha conferido un proyecto de vida que les abre un camino cuyo destino es la unión con Dios que va unida a una felicidad inefable y eterna. En la *Carta a los hebreos* (*Hb* 10, 22-23) y también en la primera de *Pedro* 3,15, así como en la de Pablo a los *Efesios* (*Ef* 2,12) puede comprobarse la estrecha vinculación entre las virtudes de la fe y la esperanza.

En la encíclica *Spe salvi* (Salvados en la esperanza) de Benedicto XVI se pone de relieve la eficacia del desarrollo sobre esta virtud en la conversión y el gozo de los fieles de la primitiva Iglesia, realidad histórica que Benedicto XVI valora de este modo: «El haber recibido como don una esperanza fiable fue determinante para la conciencia de los primeros cristianos, como se pone de manifiesto también cuando la existencia cristiana se compara con la vida anterior a la fe o con la situación de los seguidores de otras religiones. Pablo recuerda a los efesios cómo antes de su encuentro con Cristo no tenían en el mundo “ni esperanza ni Dios” (*Ef* 2,12). Naturalmente, él sabía que habían tenido dioses, que habían tenido una religión, pero sus dioses se habían demostrado inciertos y de su mitos contradictorios no surgía esperanza alguna. A pesar de los dioses, estaban “sin Dios” y, por consiguiente, se hallaban en un mundo oscuro, ante un futuro sombrío»³⁸.

³⁶ SAN AGUSTÍN, *Sermones*, 130,1:BAC 448, p. 664.

³⁷ *Ibid.*, *Sernones* 175, 1 y 177, 2: BAC 448, pp. 17 y 48.

³⁸ *Spe salvi* (salvados en la esperanza), 2.

Aunque Agustín durante su alejamiento de la fe católica, siempre mantuvo su convicción sobre la existencia del único Dios, sin embargo, ante el problema del mal y las ideas confusas provocadas por sus contactos con los maniqueos, no albergó confiadamente en su corazón el don de la virtud teologal de la esperanza; pero luego progresivamente la fue descubriendo y con la maravillosa y profunda gracia de su conversión fue un convincente testigo y excelente maestro de la esperanza cristiana.

La necesaria presencia y conexión de la fe con la esperanza, y por supuesto también con la caridad, la expresaba contantemente Agustín en su predicación y así vemos como la hace en un sermón sobre las bienaventuranzas, predicado en Cartago el año 415, cuando ya Roma había sido asaltada por Alarico causando una gran commoción en toda la sociedad del imperio romano. El obispo de Hipona se expresaba de este modo:

Distingamos, pues, cuál es nuestra fe. No nos contentemos con creer. No es tal la fe que limpia el corazón. *Purificando*, dice, *con la fe sus corazones*, Pero ¿con qué fe, con qué clase de fe sino con la expresada por el apóstol Pablo al decir: *La fe que obra por el amor?* (*Ga 5,6*). Esta fe se distingue de la de los demonios; se distingue de las malvadas y perdidas costumbre de los hombres. *La fe*, dice. ¿Qué clase de fe? *La que obra por el amor* y espera lo que Dios promete. Nada más exacto, nada más perfecto que esta definición. Hay, pues, tres cosas. Es preciso que aquel en quien existe *la fe que obra por el amor*, espere lo que Dios promete. Compañera de la fe es, pues, la esperanza. La esperanza, por tanto, es necesaria mientras no vemos lo que creemos, no sea que al no verlo desfallezcamos de desesperación. Nos entristece el no ver, pero nos consuela el esperar ver. Existe, pues, la esperanza y es compañera de la fe³⁹.

También en Cartago, pero en fecha desconocida, predicó Agustín un sermón cuyo tema se designa como «Salvados en esperanza» (*Spe salvi facti sumus: Rm 8,24*) texto del que proviene el título de la mencionada encíclica de Benedicto XVI publicada en el año 2007. Quiere

³⁹ SAN AGUSTÍN, *Sermones*, 53, 11: BAC, 441, pp. 80-81.

el obispo de Hipona estimular y consolar a la fieles, manifestándoles que el Señor es la fuente de nuestra esperanza que especialmente resplandece en la obra salvadora de Cristo, el Verbo hecho carne. Así lo expresa en su sermón:

Recuerda vuestra santidad, hermanos amadísimos, que, conforme a las palabras del Apóstol, *Estamos salvados en esperanza. La esperanza que se ve, dice, no es esperanza, pues ¿quién espera lo que ve? Si esperamos lo que no vemos, lo esperamos en la paciencia* (*Rm 8,24-25*). El mismo Señor Dios nuestro, a quien se dice en el salmo: *Tú eres mi esperanza, mi porción en la tierra de los vivos* (*Sal 141,6*), me exhorta a dirigiros un sermón que os estimule y os consuele. El mismo que es nuestra esperanza en la tierra de los vivos me manda que os hable en esta tierra de los muertos, para que no fijéis vuestra mirada en lo que se ve, sino en lo que no se ve. Lo que se ve es temporal; lo que no se ve, es eterno. Porque esperamos lo que no se ve y lo esperamos con paciencia, justamente se nos dice en el saalmo: *Espera en el Señor, actúa varonilmente; confórtate tu corazón y espera en el Señor* (*Sal 26,14*). Las promesas del mundo engañan siempre; nunca, en cambio, las de Dios. Lo que el mundo promete parece que ha de darlo aquí, es decir, en esta tierra en que se ha de morir y en la que nos hallamos ahora; en cambio, lo que promete Dios nos lo ha de dar en la tierra de los vivientes; ésta es la razón por la que muchos se cansan de esperar al que es veraz, sin avergonzarse de amar al falaz⁴⁰.

Agustín también hace referencia a la virtud de la esperanza en una carta, en la que trata de la oración y que va dirigida e a una señora de la nobleza romana, «piadosa sierva de Dios», llamada Proba Faltonia, la cual al haberse producido el asalto y devastación de la ciudad de Roma por Alarico en el año 410, como otros personajes pasó a residir por algún tiempo en el África proconsular, donde tuvo ocasión de relacionarse con el obispo de Hipona, al cual suplicó que le proporcionara una instrucción sobre el tema de la oración. Ella se había convertido al cristianismo y como tenía aficiones literarias compuso un escrito poético, al estilo de los centones, donde se entrelazaban versos de Virgilio, que ella dedicó a temas de la revelación cristiana. Es significativo que una de esos escritos muy bien elaborado lo dedica

⁴⁰ Ibid. Sermón, 157, 1: BAC 443, pp. 479-480.

a la huida de de la familia de Jesús a Egipto, quizá recordando su forzoso abandono de Roma.

Agustín, quizá atendiendo las circunstancias en las que Proba se encuentra, le recomienda que piense en la enseñanza del salmo 26: *Una cosa pedí al Señor y ésta buscaré: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida para contemplar la gloria de Dios y visitar su santo templo* (*Sal 26,4*). Y añade que la esperanza puede verse como simbolizada en la parábola de aquel padre a quien *si el hijo le pide un huevo no le dará un escorpión* (*Lc 11,12*), con lo cual se hace referencia a que, así como en el huevo se encuentra ya el polluelo, aunque no se le ve, de un modo semejante en la esperanza se contiene aquello que se ha de ver y alcanzar, y luego avisa de que «al huevo se opone el escorpión, porque quien, espera la eterna vida se olvida de lo que queda atrás y tiende a lo que tiene por delante y para él es ruinoso el mirar atrás (cf. *Flp 3,13*); en cambio al escorpión hay que evitarle por esa parte de la cola, que es venenosa y en forma de aguijón»⁴¹.

En el ya mencionado sermón de san Agustín «*Salvados es esperanza*» se encuentran unas provechosas advertencias tanto para los incrédulos sobre el destino eterno de los hombres, como para los fieles expuestos a las burlas de quienes les replican diciéndoles: «¿Quién ha vuelto de allí después de la muerte?». He aquí algunas de las respuestas que sugiere el predicador en favor de la fe cristiana:

También en esto os cerró la boca el que resucitó a un muerto de cuatro días y resucitó él al tercer día para no volver a morir; él que antes de morir, como uno a quien nada se le oculta, nos informó de la vida que tienen los muertos, en la parábola del pobre en el descanso y del rico en el fuego. Pero los que dicen: «¿Quién ha vuelto de allí?» no lo creen. Quieren dar la impresión de que creerían si alguno de sus antepasados volviera a la vida. Pero *es maldito todo el que pone su esperanza en el hombre* (cf. *Jr 17,5*). Dios quiso hacerse hombre, morir y resucitar para mostrar en su carne humana el futuro del hombre y para que, no obstante, se confiase en Dios, no en el hombre. [...] Vosotros, hermanos, los hijos de la resurrección, conciudadanos de los ángeles, herederos de Dios y coherederos con Cristo, guardaos de imitar

⁴¹ SAN AGUSTÍN , *Cartas* 130, 8, 16: BAC 99, p. 67.

a quienes morirán mañana al exhalar su último aliento, pero ya hoy están sepultados en su bebida⁴².

El salmo 41 manifiesta las ansias de un desterrado por ver el Santuario de Dios y es, por tanto, muy expresivo de la esperanza del fiel que anhela la fuente del agua viva y el resplandor de la luz eterna. San Agustín al comentar este salmo dice: «Desea esta luz, esta fuente, esta luz que no conocen tus ojos. El ojo interior se apresta para ver esta luz, la sed interior se inflama para beber de esta fuente. Corre a la fuente, desea la fuente. Pero no corras de cualquier modo, como cualquier animal; corre como el ciervo»⁴³.

* * *

La caridad es la virtud teologal, que es infundida ya en el bautismo y por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas por razón de quien es Él, y en consecuencia amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios. Esa excelsa virtud del amor, que se nos ha sido otorgada, dimana del admirable e infinito amor que Dios nos tiene y que nos manifiesta. San Agustín nos lo enseña con estas luminosas palabras basadas en la divina revelación:

Como el Padre me quiso, también yo os quise; permaneced en mi dilección (*Jn 15,9*). He ahí en virtud de qué tenemos obras buenas (cf. *Ef 2,10*). Efectivamente, ¿en virtud de qué las tendríamos sino porque la fe obra mediante la dilección? Ahora bien, ¿en virtud de qué queríamos si antes no fuésemos queridos? Lo ha dicho clarísimamente en una carta suya este mismo evangelista: *Nosotros queremos a Dios porque él fue el primero que nos quiso*. Por otra parte, lo que asevera: *Como el Padre me quiso, también yo os quise*, muestra no igualdad de nuestra naturaleza y de la suya, como es la de él y la del Padre, sino la gracia por la que mediador de Dios y hombres es Cristo Jesús hombre (cf. *1 Tim 2,5*). En efecto, cuando dice *el Padre a mí; también yo a vosotros*, se muestra como mediador porque, evidentemente, el Padre nos quiere, pero en él., porque el Padre

⁴² SAN AGUSTÍN, *Sermones*, 157, 6: B AC 443, pp. 485486.

⁴³ SAN AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los Salmos*, 41, 2: BAC 246, p. 6.

es glorificado con esto: que en la vid, esto es, en el Hijo produzcamos fruto y seamos hechos sus discípulos⁴⁴.

El que vive en la caridad tiene consigo una especial presencia de Dios; se halla en una favorable situación espiritual que se denomina «estado de gracia» gozando de una real proximidad a Dios, que se refleja en la frase de que en su alma Dios «habita y se pasea», de acuerdo con lo que se lee en el *Génesis* (3,8) en referencia al Edén o paraíso terrenal. En efecto el fiel que vive en estado de gracia y de generoso seguimiento de Cristo puede alcanzar una capacidad espiritual que, de un modo limitado ya que aún se halla en estado de peregrino hacia la gloria, experimente una viva cercanía y visión de Dios. San Agustín con su delicadeza e ingenio lo manifiesta y enseña exponiendo la dignidad del alma en la que Dios habita, y lo hace al comentar el salmo 149 que empieza diciendo: *Cantad al Señor un cántico nuevo, su alabanza en la asamblea de los fieles*:

Alégrese Israel en su Hacedor. ¿Qué quiere decir *Israel*? El que ve a Dios. Esto significa *Israel*. El que ve a Dios se alegre en Aquel por quien fue hecho. Pero, hermanos: ¿acaso porque dije que nosotros pertenecemos a la Iglesia de los santos ya vemos a Dios? Entonces, ¿cómo somos *Israel* si no vemos a Dios? Hay una visión adecuada a este tiempo y habrá otra al venidero. La visión actual se da por medio de la fe; la futura, por la realidad. Ahora si creemos vemos; si amamos, vemos. ¿Qué vemos? A Dios. ¿En dónde está Dios? Pregunta a San Juan. *Dios es caridad* (*I Jn 4,16*). Bendigamos su santo nombre; y nos gozaremos en Dios si nos gozamos en la caridad. ¿A qué enviamos lejos para ver a Dios al que tiene caridad? Dirija la mirada a su conciencia, y allí verá a Dios. Si no tiene caridad, Dios no mora allí; si mora en él la caridad, también habita Dios en él. Quiere quizás verle sentado en el cielo; tenga caridad, y en él habitará como en el cielo⁴⁵.

La bondad y el amor de Dios se manifiestan de un modo muy peculiar en su misericordia. San Agustín con la experiencia de la gracia de su conversión proclamó siempre con cuanta generosidad se

⁴⁴ SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 82, 2: BAC 165, p. 552

⁴⁵ SAN AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los Salmos*, 149, 4: BAC 264, pp. 903-904.

manifiesta Dios al perdonar y cómo es también obra de su gracia el arrepentimiento humilde del pecador. En un sermón incluido en sus *Enarraciones sobre los Salmos*, al comentar el último versículo del salmo 32 exhorta a sufrir con paciencia las adversidades y a implorar confiadamente la divina misericordia:

Nos exhortó a soportar todo esto, nos llenó del gozo de la esperanza, nos propuso lo que debemos amar, en qué y de qué debemos presumir; después de estas exhortaciones hizo una breve y saludable oración: *Tenga lugar tu misericordia en nosotros, Señor.* ¿En virtud de qué merecimiento? *Porque hemos esperado en ti [...] No dudemos exigir del Señor, nuestro Dios, la misericordia. Quiere en absoluto que se le pida.* No se turbará porque se le pida, ni se angustiará en modo alguno como aquel a quien pides y no tiene, o que tiene poco y teme dar para no quedarse con menos. ¿Quieres conocer de qué modo te dispense Dios la misericordia? Ofrécele tú caridad. Veamos si limitas al ofrecer. Cuanta es la riqueza que hay en la misma cumbre, haya tanta, si puede ser, en la imagen⁴⁶.

Dios que ha creado al hombre por amor, lo llama también al amor de manera que el amor se extienda a los seres que él ha creado a su imagen y semejanza. Agustín insiste constantemente en recordar este plan divino que proviene de la manifestación de que *Dios es amor* (*IJn 4,16*). En un sermón predicado en Cartago en mayo del año 411 sobre el tema de «la paz y el amor», el obispo de Hipona con la intención de promover la unión de los cristianos decía: «*El amor de Dios se ha difundido en vuestros corazones* (*Rm 5,5*). No dijo que hubiera sido incluido, sino difundido. La palabra *incluir* suena como cosa estrecha, mientras que *difundir* hace pensar en amplitud»⁴⁷. De un modo más universal y en referencia a la caridad fraterna entre todos los hombres como hijos de Dios, hacía el santo estas reflexiones:

⁴⁶ Ibid. 32, II, 28: B AC 235, pp. 466-467. Cabe aquí anotar que el verbo «exigir» (*exigere*) en latín puede tener el sentido de pedir o implorar, indicando una súplica intensa y ferviente.

⁴⁷ SAN AGUSTÍN, *Sermones*, 358, 4: BAC 461, p. 28.

Caminando en la fe, actuemos el bien. Sea desinteresado el amor a Dios manifestado en las buenas obras; sea constructor del bien el amor al prójimo. Nada tenemos que podamos dar al Señor; mas como tenemos qué dar al prójimo, dando al necesitado mereceremos a quien tiene en abundancia. Por tanto, cada cual dé al otro lo que tiene; otorgue al necesitado lo que tiene de más. Uno tiene dinero: alimente al pobre, vista al desnudo, levante la iglesia, obre con su dinero todo el bien que pueda. Otro posee don de consejo: dirija al prójimo; arroje las tinieblas de la duda con la luz de la piedad. Un tercero tiene ciencia: dé de la despensa del Señor, sirva el alimento a sus consiervos, conforta a los fieles, llame a los que yerran, busque a los perdidos, haga lo que pueda. Hay algo que también los pobres pueden ofrecer: uno puede acomodar sus pies a un cojo; otro conceder la guía de sus ojos a un ciego; uno visite a un enfermo: otro dé sepultura a un muerto. Estas cosas son comunes a todos, de modo que es muy difícil encontrar a uno que no tenga nada que ofrecer. Queda siempre aquello último y grande que dice el Apóstol: *Llevad mutuamente vuestras cargas y así cumpliréis la ley de Cristo*⁴⁸.

El amor misericordioso de Dios es la fuente de donde dimana nuestro amor confiado hacia él y nuestra capacidad de amar al prójimo y todo lo bueno. Así lo expresa emotivamente Agustín diciendo: «Pequeñuelo soy, mas vive perpetuamente mi Padre y tengo en él tutor idóneo. Él es el mismo que me engendró y me defiende, y tú eres todos mis bienes, tú Omnipotente, que estás conmigo aun desde antes de que yo lo estuviera contigo»⁴⁹.

LA DIVINA PROVIDENCIA

La creación es obra común de la Santísima Trinidad, realizada libremente y que tiene su bondad y su perfección, pero no salió acabada de las manos del Creador, sino que fue hecha «en estado de vía» hacia una perfección última todavía por alcanzar, a la que Dios la des-

⁴⁸ Ibid. 91, 9: BAC 441, p. 603.ñ

⁴⁹ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, X,4, 6: BAC, 11,p. 394.

tinó⁵⁰. Dios es el Señor en cuanto a la disposición de su designio, pero para su realización se sirve también del concurso de sus criaturas, lo cual es una manifestación de su grandeza y su bondad.

El cuidado que Dios tiene de todas sus criaturas, o sea, su Providencia, es una verdad inseparable de la fe en su creación. Este cuidado amoroso del Creador realza a sus criaturas y muy especialmente a las que han sido creadas a «imagen y semejanza de Dios». Esta asistencia del Creador se realiza ya sea directamente, ya a través de las causas segundas, de manera que sin la gracia de Dios no se puede alcanzar la salvación. Esta doctrina está plenamente arraigada en las fuentes de la revelación. Las enseñanzas de san Agustín sobre el auxilio divino son constantes, por lo cual con razón se le denomina el «Doctor de la Gracia».

Hace Agustín una distinción entre la acción creativa de Dios y su divina providencia, de manera que en su obra *De Genesi ad litteram*, lo expresa de esta manera: «La providencia de Dios, pues, guía y gobierna todas las cosas en cuanto son criaturas, sean naturalezas o voluntades: a las naturalezas en cuanto existen, y a las voluntades en cuanto a los buenas no se las priva de su recompensa, y a las malas no se las deja sin castigo» (8, 23, 44). En el libro *De vera religione*, inspirándose en la Sagrada Escritura y en la tradición de la Iglesia añade que hay también una distribución que se efectúa mediante sucesos históricos y anuncios proféticos en favor de la salvación del género humano, que culmina con la encarnación del Señor y la difusión de la Iglesia. (7, 12 y 13).

A través de diversos sermones podemos ver como el obispo de Hipona trata de dar a conocer a los fieles que Dios con su providencia dirige o permite hechos o circunstancias favorables a su plan de salvación, pero a la vez hace notar que no siempre tenemos la capacidad de discernir la profundas razones de sus designios de justicia y misericordia. En un sermón pronunciado en Cartago hacia el año 411 en que además de los fenómenos naturales se producían atrevidos hechos de invasión en Italia, se expresaba así:

⁵⁰ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 302.

Cuando estudiamos y discutimos con diligencia, y seguimos y descubrimos con prudencia aquellas cosas que en su naturaleza se originan al parecer fortuitamente, vemos que recomiendan la alabanza del Creador y esa divina providencia, que se difunde por doquier, y dispone, según se dijo, suavemente todas las cosas, alcanzando fuertemente de un fin a otro fin. Pues, ¿cuánto mejor acaecerá eso en aquellas cosas que se nos narran, no sólo acaecidas, sino también recomendadas en las divinas letras?⁵¹

En otro sermón predicado en la basílica teodosiana de Cartago se trata especialmente de la providencia respecto de la salvación y la necesidad de la gracia, A la vez se pone de relieve que la obra creadora de Dios continúa al engendrarse nuevos seres humanos, y todo ello se relaciona con la fe en la providencia divina:

Sabemos, en efecto, porque así lo hemos leído y creído, que Dios entre las muchas cosas que creó, creó al hombre a su imagen. Esta es la primera creación del hombre, la primera criatura humana. No creo, sin embargo, que el Espíritu Santo quisiera recomendarnos esto como gran cosa en el presente salmo, puesto que doce: *Lloremos ante el Señor que nos hizo* (*Sal 94,6*). En otro lugar dice: *Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos* (*Sal 99,3*). Esto, como dije, ningún cristiano lo duda, porque Dios no sólo creó al primer hombre del cual nacieron los demás, sino que él mismo crea hoy a cada uno de los hombres [...] Pues no nos hizo y luego nos abandonó. No se preocupó de hacernos y se desprecipitó de conservarnos. *Lloremos ante el Señor que nos hizo*, puesto que no hemos llorado al hacernos y, sin embargo, nos hizo. Quien nos hizo antes de que nadie se lo suplicase, ¿va a abandonarnos cuando se le ruega? Como si el hombre dudase de que es escuchado cuando ora, la Escritura le amonestó diciendo: *Lloremos ante el Señor que nos hizo*. No hay duda de que escucha a los que hizo; ciertamente, no puede no preocuparse de los que creó⁵².

La providencia de Dios se sirve también de los ejemplos y testimonios de los buenos para enderezar o robustecer a los demás en su

⁵¹ SAN AGUSTÍN, *Sermones*, 8,11: BAC 53, pp.119-120.

⁵² *Ibid.*, 26, 1: BAC 55, pp.408-409.

camino de salvación; y esto lo descubre Agustín especialmente en los mártires de la fe: «Con la semilla de su sangre –dice– casi se llenó de mártires toda la tierra; de esa semilla brotó la cosecha de la Iglesia. Dieron mayor testimonio de Cristo con su muerte que con su vida. Aún hoy hablan de él, aún hoy lo anuncian; calla la lengua pero resuenan los hechos»⁵³. Mucho le conmovía a Agustín el martirio de las santas Perpetua y Felicidad y cómo la Providencia había hecho que en el martirio se cruzaron los caminos de estas dos mártires, juntamente con el simbolismo de sus nombres, y lo expresa así:

Perpetua y Felicidad son los nombres de una y otra y, a la vez, la recompensa de todos. En efecto ningún mártir se habría esforzado tan valerosa, aunque temporalmente, en el combate de la pasión y de la confesión a no ser para gozar de la perpetua felicidad. Por disposición de la divina Providencia, estas dos mujeres fueron no sólo mártires, sino también compañeras inseparables; así convenía que fuera para señalar una sola fecha que pregonase su gloria y transmitir a la posteridad la celebración de una única fiesta. Si con el ejemplo de su glorioso combate nos invitan a seguirlas, de idéntica manera atestiguan con sus nombres el don inseparable que hemos de recibir. ¡Que ambas se incluyan mutuamente y se mantengas siempre unidas! No esperamos a la una sin la otra, pues no nos sirve ninguna cosa perpetua si no es la felicidad, y la felicidad deja de serlo si no es perpetua. Bástennos estas pocas palabras sobre los nombres de las mártires a quienes está consagrada esta fecha⁵⁴.

En cuanto a la enseñanza cristiana sobre la divina Providencia no podemos dudar que de algún modo se extendía también a los pueblos paganos. De ello encontramos testimonios en los escritos de san Agustín que en su breve pero valioso libro *De vera religione*, escrito un año antes de su ordenación sacerdotal, reconoce que la plena y perfecta manifestación de Dios al mundo se ha realizado con la revelación a Israel y la obra salvadora de Cristo. Pero también abre su espíritu a poder descubrir y analizar una especial confianza en la voluntad

⁵³ *Ibid.*, 286, 3: BAC 448, p. 122.

⁵⁴ *Ibid.*, 282, 1:BAC 448, pp. 92-93.

salvadora de Dios, que actúe entre los paganos a fin de que conozcan al único Dios, Así lo manifiesta san Agustín:

Puesto que la divina Providencia mira no sólo para el bien de cada uno de los hombres individualmente, sino que también lo hace sobre todo el género humano. Lo que Dios efectúa con cada individuo lo sabe él mismo que lo realiza y lo saben también quienes experimentan lo que en ellos se está realizando. En cambio lo que se hace en pro del género humano quiso Dios que fuera conocido a través de la historia y de la profecía. En efecto, el fidedigno conocimiento de las cosas del pasado y del futuro es más propio de la fe que del conocimiento. A nosotros nos corresponde considerar en qué personas o libros hemos de confiar para honrar correctamente a Dios, que es uno sólo. Lo primero que hemos de examinar es si hemos de prestar atención a los que nos inducen a creer en muchos dioses o a quienes nos llevan a creer en un solo Dios. ¿Quién puede poner en duda que hemos de confiar plenamente en aquellos que manifiestan que hemos de honrar a un solo Dios, si además tenemos en cuenta que quienes dan culto a muchos dioses, están de acuerdo en que sobre ellos hay un solo Señor que está por encima de los demás dioses y es el que los gobierna a todos?. Efectivamente los números comienzan por el uno, Así, pues, se ha de seguir a quienes dicen que el Dios supremo es el verdadero Dios⁵⁵.

Agustín, en efecto, quiere poner de relieve que en el fondo del pensamiento de muchas personas prevalecía la intuición de que existía un solo Dios supremo, lo cual derivaba tanto del pensamiento de algunos filósofos griegos, como de una convicción antigua sobre el único Dios, que se habría visto frustrada por la propagación de un politeísmo originado por la fascinación de la existencia de un conjunto de dioses cuyas características eran una reproducción del estilo de vida humana con los vicios e ilusiones imperantes. A todo esto hace alusión el obispo de Hipona en su extensa y muy elaborada obra, la *Ciudad de Dios*, donde, manifiesta que pudo haber sabios y filósofos de la misma opinión sobre el único Dios entre otras naciones como los «atlánticos, los libios, egipcios, indios, persas, caldeos, escitas, galos,

⁵⁵ SAN AGUSTÍN, *De vera religione*, 25, 46: PL 34, 142.

hispanos, y demás», de los cuales afirma que «confesamos que están más cercanos a nosotros»⁵⁶.

Al reconocer Agustín que Dios extiende su providencia a la salvación del mundo entero y que con el orden y esplendor de su obra creadora se da a conocer por todo el orbe de la tierra, no puede menos de recordar cómo él mismo se sintió atraído por la bondad de Dios en el intenso proceso de su conversión, lo cual le lleva a considerar que el Señor quiere darse a conocer por todos y cada uno de quienes ha creado a su imagen y se hallan esparcidos por el mundo entero. Por ello da gracias y alaba al Altísimo diciendo: «Oh tú, omnipotente y bueno, que así cuidas de cada uno de nosotros, como si no tuvieses más que cuidar, y así de todos como de cada uno»⁵⁷.

La fe en la Providencia divina nos estimula a cantar alabando a Dios, pero avanzando con su gracia por el camino de la salvación. Canta y camina (*Canta et ambula*) nos dice san Agustín: «Canta como suelen cantar los viandantes; canta, pero camina; consuela con el canto tu trabajo, no ames la pereza: canta y camina ¿Qué significa ‘camina’? Avanza, avanza en el bien»⁵⁸

EL VERBO SE HIZO CARNE

El gran misterio de la encarnación del Verbo divino forma parte del núcleo más esencial de la fe cristiana y en él se pone de manifiesto que Dios ha querido vincularse muy admirablemente con los seres humanos de tal manera que la segunda persona de la Trinidad asumiera para siempre la naturaleza humana, sin dejar en modo alguno su divinidad. El resplandor de este misterio iluminará eternamente la condición humana de tal modo que la presencia de Dios entre los hombres les abra a éstos un camino de salvación capaz de permanecer eternamente. Es el mismo Jesús, Dios y hombre, quien ha dicho:

⁵⁶ SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*, VIII, 9: BAC 171, p. 500.

⁵⁷ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, III, 11, 19: BAC 11, p. 151.

⁵⁸ SAN AGUSTÍN, *Sermones*, 256, 3: BAC 447, p. 596.

El mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo he salido de Dios (Jn 16,27).

Desde un principio la fe de la Iglesia y la enseñanza de los Santos Padres han mantenido firmemente esta doctrina que brota de las fuentes de la divina Revelación., Agustín considerando la maravilla del Verbo encarnado no duda en ver diseñado su anuncio profético o simbólico en los salmos y en diversos acontecimientos o personas de la historia de Israel. Así lo hace, por ejemplo, comentando las palabras del salmo 84 que dicen: *La verdad ha brotado de la tierra y la justicia ha mirado desde el cielo (Sal 84,12)*, dice: «La verdad que mora en el seno del Padre ha brotado de la tierra para estar también en el seno de una madre»⁵⁹.

En los diversos sermones de Agustín correspondientes a la fiesta de Navidad, se proclama muy vivamente la sublime excelencia del misterio de la encarnación del Hijo de Dios, pero sin olvidar la humildad y la sencillez con que el Señor quiere manifestar su proximidad a aquellos que por amor ha creado y ha querido salvar. He aquí unos párrafos significativos de esa humilde cercanía a nosotros:

Una generación de Cristo fue de padre sin madre; la otra, de madre sin padre; ambas maravillosas. La primera fue eterna, la segunda en el tiempo. [...] También te admirás cuando decimos que nació de una virgen. ¡Cosa maravillosa! Es Dios, no te cause admiración; pase la admiración y venga la alabanza. Hágase presente la fe: cree que tuvo lugar. Si no lo crees tuvo lugar igualmente, pero tú permaneces siendo infiel. Se dignó hacerse hombre, ¿qué más quieres? ¿O se humilló Dios poco por ti. El que era Dios se hizo hombre. Estrecho era el establo: envuelto en pañales, fue colocado en un pesebre. Lo escuchasteis cuando se leyó el evangelio. ¿Quién hay que no se admire? El que llenaba el mundo no encontraba lugar en el albergue, puesto en el pesebre se convirtió en alimento para nosotros. Acérquense al pesebre dos animales, es decir, dos pueblos, pues *el buey reconoció a su dueño, y el asno el pesebre de su señor* (cf. *Is 1,3*). Fíjate en el pesebre, no te avergüences de ser jumento para el Señor. Llevarás a Cristo, no errarás la marcha por el camino: sobre ti va sentado el camino (*Jn 14,6*). ¿Os acordáis de aquel asno pre-

⁵⁹ *Ibid.*, 185, 1: BAC 447, p. 7.

sentado al Señor? Nadie sienta vergüenza: aquel asno somos nosotros. Vaya sentado sobre nosotros el Señor y llámenos para llevarle a donde él quiera. Somos su jumento y vamos a Jerusalén. Siendo él quien va sentado, no nos sentimos oprimidos, signo elevados; teniéndole a él por guía, no erraremos: vamos a él por él; no pereceremos⁶⁰.

San Agustín mostrándonos a Jesús como maestro de humildad, pone en boca del mismo Cristo estas palabras: «He venido en condición baja; he venido a enseñar la humildad, he venido como maestro de humildad. *Quien viene a mí* se me incorpora; *quién viene a mí* es hecho humilde; *quién* se me adhiere será humilde, porque hace no su voluntad, sino la de Dios, y *no* será echado *fuerza* precisamente porque, cuando era soberbio, estaba arrojado fuera»⁶¹.

LA EUCARISTÍA

Jesucristo «en la última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, sino de unidad y vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura»⁶².

El sacramento eucarístico contiene unas profundas e inefables verdades de la fe que, como *río caudaloso alegra la ciudad de Dios*, donde el *Altísimo ha santificado su tabernáculo y estando Dios en medio de ella no será conmovida*⁶³. San Agustín, en efecto, aludiendo a esta presencia divina afirma que la Iglesia de Cristo va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios»⁶⁴.

⁶⁰ *Ibid.*, 189, 4: BAC 447, pp. 26-28.

⁶¹ SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* XXV, 16: BAC 139, p. 581.

⁶² *Sacrosanctum concilium*, 47.

⁶³ Cf. *Sal* 45,5-6.

⁶⁴ SAN AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios*, 18, 51, 2: BAC 172, pp. 528-529.

Reconociendo los Padre Apostólicos de Oriente las maravillosas realizadas en la última Cena la designaban como «la cena mística», y lo mismo hace san Agustín en referencia la celebración de la muerte y resurrección de Jesús (*carta 55, 1*). La novedad del sacrificio eucarístico, frente a los sacrificios antiguos la expone el santo en un sermón del día de pascua donde dice especialmente a los recién bautizados:

No se buscan ya víctimas cruentas de los rebaños de ovejas; ya no se presentan ante el altar de Dios ni corderos ni cabritos, pues el sacrificio de nuestro tiempo es el cuerpo y la sangre del sacerdote mismo. Los salmos lo habían predicho mucho tiempo antes: *Tú eres sacerdote por siempre, según el orden de Melquisedec* (*Sal 109,4*) [...] Así, pues, Cristo nuestro Señor, que en su pasión ofreció por nosotros lo que había tomado de nosotros en su nacimiento, constituido principio de los sacerdotes para siempre, ordenó que se ofreciera el sacrificio que estáis viendo, el de su cuerpo y sangre. En efecto, de su cuerpo, herido por la lanza, brotó agua y sangre, mediante la cual borró los pecados del mundo. Recordando esta gracia, al hacer realidad la liberación de vuestros pecados, puesto que es Dios quien la realiza en vosotros, acercaos con temor y temblor a participar de este altar. Reconoced en el pan lo que colgó del madero, y en el cáliz lo que manó del costado⁶⁵.

Agustín se complace en presentar el sacramento de la eucaristía en relación con la unidad de los hijos de la Iglesia que conforman el cuerpo místico de Cristo; pero al mismo tiempo y con diversidad de explícitas afirmaciones pone de manifiesto que el pan y el vino consagrados se han transformado realmente en el cuerpo y la sangre del Señor Jesús, y que al ser recibidos con fe y dignamente constituyen un alimento fortalecedor de la vida cristiana. Así lo expone muy claramente en un sermón eucarístico donde comenta el texto del cuarto evangelio donde dice: *el que como este pan vivirá para siempre* (*Jn, 6,58*):

¿Qué palabras habéis oído de boca del Señor invitándoos? ¿Quién invitó? ¿A quiénes invitó y qué preparó? Invitó el Señor a sus siervos, y les preparó como alimento a sí mismo. ¿Quién se atreverá a comer a su Señor? Con todo, dice: *Quien me come vive por mí* (*Jn 6,58*). Cuando

⁶⁵ SAN AGUSTÍN, *Sermones*, 228-B, 1-2: BAC 447, pp. 293-294.

se come a Cristo, se come la vida. Ni se le da muerte para comerlo, sino que él da la vida a los muertos. Cuando se le come da fuerzas, pero él no mengua. Por tanto, hermanos, no temamos comer este pan por miedo de que se acabe y no encontremos después qué tomar. Sea comido Cristo; comido vive, puesto que muerto resucitó. Ni siquiera lo partimos en trozos cuando lo comemos, Y, ciertamente, así acontece en el sacramento; saben los fieles cómo comen la carne de Cristo: cada uno recibe su parte, razón por la que a esta gracia llamamos «partes». Se le come en porciones, y permanece todo entero; en el sacramento se le come en porciones, y permanece todo entero en el cielo, todo entero en tu corazón. En efecto, todo él estaba junto al Padre cuando vino a la Virgen; la llenó, pero sin apartarse de él. Venía a la carne para que los hombres le comieran, y a la vez, permanecía íntegro junto al Padre para alimentar a los ángeles⁶⁶.

En un sermón predicado en Hipona en el año 414 y que se reproduce en los *Tratado sobre el Evangelio de San Juan*, el santo obispo Agustín con su singular fervor exclamaba: «¡Oh sacramento de piedad! ¡Oh signo de unidad! ¡Oh vínculo de caridad! Quien quiere vivir, tiene dónde vivir, tiene de qué vivir. Acérquese, crea, incorpórese para ser vivificado»⁶⁷.

GUILLERMO PONS PONS

⁶⁶ *Ibid.*, 132-A, 1: BAC 443, pp.173-174.

⁶⁷ SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, XXVI, 13: BAC 139, p. 602.